



Los paisajes de la patria

SILVIA ÁLVAREZ CURBELO²

RESUMEN

El ensayo explora los conceptos de identidad y territorio a la luz de las teorías de “habitar” de M. Heidegger, de “radicante” de N. Bourriaud y de “desterritorialización” de G. Deleuze y F. Guatari en la obra de seis artistas puertorriqueños contemporáneos: Nora Rodríguez Vallés, Arnaldo Roche Rabell, Marxz Rosado, Vanessa Hernández Gracia, y el dúo Andrés Mignucci y María de Mater O'Neill. Se propone que la identidad basada en la posesión de un territorio cierto se ha ido desvaneciendo del imaginario de la plástica puertorriqueña más reciente y que se ha impuesto, con cada vez mayor fuerza, una idea de lo radicante en obras que ponen en crisis, mediante diversos lenguajes plásticos, la idea misma de identidad.

PALABRAS CLAVE

Habitar, identidad, territorio, radicante, arte puertorriqueño contemporáneo, plástica puertorriqueña, Bourriaud, Deleuze, Heidegger.

ABSTRACT

The essay explores the concepts of identity and territory in the light of theories such as M. Heidegger's “dwelling”, N. Bourriaud's “radicant”, and G. Deleuze and F. Guatari's “de-territorialization” in the work of six Puerto Rican artists: Nora Rodríguez Vallés, Arnaldo Roche Rabell, Marxz Rosado, Vanessa Hernández Gracia, and the Andrés Mignucci -María de Mater O'Neill duo. It proposes that identity based on the possession of a particular territory has been disappearing from the imaginary of the Puerto Rican fine arts, to be re-

² Silvia Álvarez Curbelo es doctora en Historia. Es Directora del Centro de Investigaciones en Comunicación de la Escuela de Comunicación de la Universidad de Puerto Rico y dicta cursos en su Escuela Graduada. Se especializa en historia cultural y en el análisis del discurso político y del discurso mediático. Entre sus publicaciones se encuentran: *Del nacionalismo al populismo* (1993), *Historias vivas: historiografía puertorriqueña contemporánea* (1996), *Ilusión de Francia: Arquitectura y afrancesamiento en Puerto Rico* (1997), *Hispanofilia: Arquitectura y vida en Puerto Rico 1900-1950* (1998), *Los arcos de la memoria: el 98 de los pueblos puertorriqueños* (1999), *Un país del porvenir: el discurso de la modernidad en Puerto Rico (Siglo XIX)* (2001) y *Frente a La Torre: ensayos del Centenario de la Universidad de Puerto Rico* (2005). Contacto: salvarezcurbelo@gmail.com.



placed by the idea of the radican in works that by means of different artistic discourses push the very idea of identity into a crisis.

KEY WORDS

Dwelling, identity, territory, radican, contemporary Puerto Rican art, Puerto Rican art, Bourriaud, Deleuze, Heidegger

*¿Y ves allí, cabe su planta umbría
fantástico jardín de flores rico,
donde vive el Abril, sirena mía?
Pues el jardín se llama...Puerto Rico.
Santiago Vidarte, "Insomnio" (1848)*

Dulce patria

Dos décadas antes de terminar el siglo XIX, el puertorriqueño Antonio Cortón, dictó una conferencia en Madrid bajo el título "Patria y cosmopolitismo". Cortón, al igual que Luis Bonafoux, otro extraordinario personaje que operaba desde París y que nos entretenía con sus comentarios sobre las ferias mundiales y la vida irreverente de las *cocottes* y los *dandis*, constituía una subjetividad ultramarina atípica e iconoclasta. Su permanencia en latitudes europeas no obedecía a las graves razones de exilio político que podía esgrimir el más conocido de nuestros desterrados, Ramón Emeterio Betances. Respondía más bien a una búsqueda de horizontes expandidos, de otros paisajes que los que podía ofrecer una colonia ceñida aún por los cinturones de castidad del Trono y el Altar. En contra del grano de mucha de la literatura criolla, Cortón se distanciaba ya de una idea de la patria significada por la territorialidad, la legitimidad de los orígenes y el sentimiento. Si al abandonar el lar isleño en 1873 para estudiar en Madrid con apenas diecinueve años, escribía:

*Los pájaros bellos, el verde follaje,
Las candidas flores que brindan amor,
Huirán de mi vista cual rápido oleaje!
No oiré de las brisas el dulce lenguaje,*



No oiré de las palmas la dúlcida voz!

(Cortón 1926: 228-229)

Apenas ocho años después ya miraba a Puerto Rico desde otra narrativa en la que se difuminaban los límites del antiguo paisaje identitario:

Si la patria fuese el terruño donde por un capricho del ocaso se nace, la roca hospitalaria que recoge nuestra primera lágrima, el florido valle donde hemos visto la primera alborada, si la patria fuese exclusivamente esto y sobre esta concepción de la patria producto del sentimiento no se elevase otra concepción más alta, producto del raciocinio, no habría bastante llanto en el corazón de los buenos para sentir el infortunio del judío arrojado de la sinagoga, del polaco esclavo, del lorenés cada día bajo los pliegues de distinta bandera (Cortón 1957: 77-78)

La incorporación en sus poemas y crónicas de figuras de diáspora, de desarraigo y de exilios como el polaco, el judío y el habitante de la Lorena parecían desestimar en la obra de Cortón la noción nativista y territorializada de la patria, privilegiada por la mayoría de sus contemporáneos que escribían desde las referencias del país natal. En sintonía con otros internacionalismos de la época, proponía Cortón una patria cosmopolita avalada a dúo por la ciencia y la fraternidad y promovida por una razón y un espíritu universales.

Pero Cortón y otras figuras como el mismo Bonafoux, apenas recordadas posiblemente por la ambigüedad de sus afiliaciones, no lograron entonces representar la patria como lo había hecho el ademán romántico. Los imaginarios dominantes sobre el país se constituyeron en Puerto Rico con los inventarios simbólicos montados desde mediados del siglo por una lírica protonacionalista y telúrica.

Imaginando un país que sólo los ademanes burocráticos o eclesiásticos imperiales habían permitido existir hasta entonces, la literatura puertorriqueña que emergió desde el propio asiento imperial -los primeros libros criollos se arman por estudiantes puertorriqueños en Madrid y Barcelona- se encargó de delinear esos paisajes fundacionales de la patria (Álvarez Curbelo 2001). Si la literatura vernácula es uno de esos artefactos culturales que Benedict Anderson (1989) destaca en la formación de una idea de la nación no ha sido únicamente por su



capacidad de crear un horizonte de lectores consensuados que se reconocen en sus páginas sino también por su capacidad de fijar una topografía identitaria que residencia tanto al discurso literario como a los lectores.

En las páginas de los primeros libros criollos como *El Gibaro* de Manuel Alonso (1849) y los numerosos *Almanaques*, *Aguinaldos* y *Cancioneros* que componen la exigua biblioteca iniciática del país, se articula un primer repertorio de imágenes de una patria en ciernes. El paisaje edénico, casi virginal, de olas níveas, de palmas cimbreadas, de ríos cristalinos y de ondulantes colinas, la “isla dormida entre la espuma blanca” era el *locus* de nuestra inocencia nacional. Entrado el nuevo siglo XX, la literatura consagrada siguió insistiendo en el paisaje patrio ungido a la tierra. El bardo más popular, Luis Llorens Torres, precisó el repertorio de vistas patrias en versos de factura arcádica como éstos:

*Yo amo esta tierra bendita
Donde vi la luz primera
Y en donde arrulló mi madre
Los sueños de mi inocencia.
Amo sus ríos, sus montañas
Su cielo, sus noches bellas...
Todo lo que en ella vibra
Poniendo un latido en ella.
Cada cerro me parece
Un altar que a Dios se eleva,
Y cada río un Jordán
Hecho de llantos y estrellas...
(Llorens Torres 1973)*

Se trataba de una *isla bonita* abstraída de los pozos profundos de la pobreza, la insalubridad y la pestilencia como también de las marcas artificiosas y para muchos amenazantes de la modernidad³. Arcadio Díaz Quiñones ha descrito

³ El registro de paisajes “manchados” por la enfermedad, la miseria y el atraso es obra fundamentalmente de misioneros, médicos, antropólogos y fotógrafos norteamericanos llegados a partir de la invasión de 1898 (González 1998).



de manera certera esas “urgencias nacionales” de Llorens Torres en las que el paisaje queda inscrito en el ámbito de los sentimientos, como un carimbo de pertenencia.⁴ Pero, ¿recobraba esa literatura romántica, reproducida en libros escolares, inspiradora de poderosas iconografías populares, traducida a lenguajes de la pintura de salón y la música, todos los registros del paisaje?

Sabemos que no, porque en paralelo, una literatura naturalista y una historiografía positivista, moldeadas desde los científicismos de la época, registraban nuevas geografías sociales y del espíritu. Una producción lúgubre y fatalista -la del novelista Manuel Zeno Gandía, la del sociólogo e historiador Salvador Brau, entre otros- desnudaba las “charcas” oscuras en las que los embrutecidos e incontinentes campesinos veían transcurrir su vida enferma y triste, a pesar de las reservas optimistas del discurso del progreso del positivismo.

El contrapunto entre la isla bonita y la isla de las charcas de cronotopías socioculturales y geográficas inamovibles, y horizontes de expectativas predecibles; y aquel entre la isla romántica y el mundo ancho y ajeno, que se sorbía con entusiasmo y deseo en las revistas ilustradas o las crónicas de Bonafoux y Cortón, apunta a regímenes de representación de lo patrio fundamentalmente recortados. Siguiendo una lógica binaria que ha visto pasar sus mejores días pero que se asoma aún en muchas lecturas históricas, el contrapunteo elude a menudo los trasvases y se inquieta especialmente en el momento fluido de las transiciones, de los entresiglos, con su patina de claroscuro.

Ciertamente, los espacios y tiempos de trabajo y de vida en Puerto Rico estaban entrañablemente ligados al destino de la tierra y esto incluía a los pueblos y ciudades cuya suerte se enhebraba a la del ingenio azucarero y a la de los cafetales. Pero la crónica de vida del entresiglos XIX al XX se nutrió también de los afanes de modernidad que desafiaban la monotonía de los espacios y tiempos agrarios. Tecnologías, modas y mercancías, generaron entonces cambios en la manera en que los puertorriqueños percibían su entorno, el mundo y la época que les había

⁴ Rafael Hernández, el compositor del *Lamento Borincano*, un hito en la cultura musical de Puerto Rico, condensaría esta educación sentimental en una canción popular que encierra una verdad de templo: “Si yo no hubiera nacido en la tierra en que nací, estuviera arrepentido de no haber nacido aquí.”



tocado vivir. En los albores del nuevo siglo, el automóvil y el teléfono, el tren y el cine, para mencionar sólo algunas de las novedades, aproximaron distancias y acercaron a muchos puertorriqueños a otras temporalidades más dinámicas y aceleradas. El resto del mundo ya no parecía tan inalcanzable y lejano.

La última década del siglo XIX estuvo llena de transformaciones significativas en la vida de los puertorriqueños. Desde las acomodadas familias que adornaban sus hogares con novedades parisinas y enviaban a sus hijos a estudiar al extranjero hasta los agotados trabajadores y las mujeres precozmente envejecidas de la ruralía recóndita o el barrio extramuros, el casi millón de habitantes de esta isla vio modificarse los paisajes de su cotidianidad. Sobre ese tablado de cambio, la invasión norteamericana a Puerto Rico en 1898 incidió de manera crucial en esa conmoción de espacios y tiempos. En muchos sentidos, el nuevo ordenamiento político acentuó los procesos de cambio ya planteados pero en otros constituyó un complicado y, en ocasiones, doloroso relevo.

Las doce campanadas que despidieron un siglo y le dieron la bienvenida al próximo repicaron cargadas de múltiples sentidos y de una violencia simbólica que obligó a todos los puertorriqueños, con distintos grados de complacencia o resistencia, a imaginar de manera distinta a su país y a negociar su porvenir. El desgaste del régimen español, la imagen moderna que exhibían los invasores recién llegados y nuestra ancestral inclinación a negociar y apostar al futuro en coyunturas críticas, determinó que los relevos y continuidades necesarias tras la Guerra Hispanoamericana se establecieran con celeridad generalizada. Para muchos, la modernidad apetecida a lo largo del siglo parecía tener el camino expedito; para otros, la invasión era una intromisión indebida que torcía nuestro sino histórico como tierra española.

Entre las múltiples lecturas incitadas por el evento 1898 a lo largo de este siglo, se encuentra un ensayo de 1994 del escritor puertorriqueño, Edgardo Rodríguez Juliá. En *Pitiyanquis* (1994), el autor de también otra intercepción literaria con la historia de Puerto Rico, *Las tribulaciones de Jonás* (1981), unge su genealogía familiar a la invasión de 1898 y desdobra, a través de las figuras de sus dos abuelos, la crónica de cien años de negociaciones, complicidades, sumisiones y resistencias del país. Atravesada por las facturas de clase, raza y propiedad, la trama que se desata a partir del desembarco de las fuerzas invasoras de Esta-



dos Unidos en el puerto sureño de Guánica, asigna al abuelo materno un destino desclasado, de pérdida y tristeza. En cambio, para su abuelo paterno, un mulato maestro de obras, la invasión toma la figura de una promesa, espacio que reúne, al decir de Julio Ramos, los apetitos del cambio y del deseo (Ramos 1996). La cotidianidad de Galo Rodríguez, el abuelo de Edgardo Rodríguez Juliá, se configura desde un lugar simbólico “donde él se sentía victorioso, y de cara al porvenir”. A diferencia del otro abuelo, anclado en las evocaciones que René Marqués incendia al final de *Los soles truncos* (Marqués 1979: 12), Galo “...viajaría ligero de equipaje, sin nostalgias; apostarí a al porvenir” (Rodríguez Juliá 1994). El nuevo siglo, como en esta crónica de familia, inició en Puerto Rico con una secuencia agrídulce, a la vez trágica y esperanzadora.

Y el surtido es verdaderamente colosal y a prueba de yankees. Anuncio de una tienda, *El Telégrafo* de San Juan, *La Correspondencia*, 13 de mayo de 1898.

Verdaderamente que es cosa de volverse loco el ponerse a meditar con seriedad acerca de *las cosas de España*, de aquélla que hasta ayer no más fue nuestra metrópoli. *El Correo de Puerto Rico*, 26 de diciembre de 1898.

La polisemia generada por la invasión de 1898, no se inscribió únicamente en la zona de los discursos y prácticas políticas institucionalizadas. Su presencia fue inevitable en otras profundas sedes simbólicas: en el nombre del país, en el calendario, en las lealtades religiosas y civiles, en los currículos escolares y la comida.

Recuperar esos nuevos paisajes puertorriqueños en los que se desestabilizan los antiguos dilemas de representación es una tarea retadora porque como historiadores operamos con frecuencia desde plataformas discursivas no siempre alertas al mundo de las prácticas comunes. A diferencia de la antropología y la literatura que se mueven con mayor comodidad, la historiografía, incluso aquellas propuestas más reivindicatorias de prácticas y subjetividades *al filo del poder*, transitan de manera tentativa en la cotidianidad.

Si bien debemos cuidarnos de las confusiones sentimentales y populistas de las que nos advierte Henri Lefebvre (1972), hay que incursionar en ese tejido irreductible y desbordante de sentidos. Se trata de un *locus* cultural en el



que intervienen una pluralidad de cálculos y artesanías, donde se exhibe una inventiva que Michel de Certeau (1999) denomina *bricolage*, un conjunto de tecnologías no sistémicas, inesperadas e inéditas de vida. En tanto relatos de significación, las historias cotidianas remiten, en la mayoría de las ocasiones, a complejas batallas culturales aunque no se entablen en los foros letrados ni en los estrados legales o parlamentarios sino en los manejos corporales, en la confección de utopías grandes y pequeñas de vida, en los modos de sociabilidad, y en los interiores suaves de la subjetividad. Ocurren en las calles, en los mercados, en la cocina doméstica, en la escuela primaria y en los cementerios. Son las batallas de los signos. Y 1898, el año de la invasión, fue uno de los marcadores de camino que señalaron esos nuevos paisajes para la patria del entresiglos. Depende, como siempre, de quién era el que esperaba y de qué trataba su espera y su esperanza.

Las tramas de apropiación y reterritorialización del paisaje simbólico que se urden en el entresiglos estuvieron atravesadas por dos fuerzas significantes: la de la modernidad y la de la nueva dominación norteamericana, cuyos vasos comunicantes mantenían una relación ambivalente. Por un lado, con la llegada de los norteamericanos se superaron muchas de las barreras anti-modernas que había levantado España pero, por otro lado, el modelo de plantación y el régimen político de tutelaje colonial constituyeron durante mucho tiempo un freno a la apropiación cabal de las energías del mundo moderno por parte de la gran mayoría de los puertorriqueños. Un inventario somero de algunas de esas tramas nos revela nuevas composiciones de lugar pero también la presencia impertérrita de antiguos escenarios.

Cuando todavía los ejércitos españoles no habían abandonado la Isla en 1898, el Bazar Otero de Ponce que la escritora puertorriqueña Ana Lydia Vega hizo popular en *Falsas crónicas del sur* (1991) publicó, en un inglés incipiente, el siguiente anuncio en un periódico bilingüe -*El Correo de Puerto Rico/ The Porto Rico Mail*, una especie de vocero de la Liga de Patriotas que presidía Eugenio María de Hostos:

Otero's Bazar of Otero and Nephew. Fancy Goods and Notions. Full Supply in Jewelry. Complete Line in Stationary. Musical Effects and Publishers. Crockery and Kitchen Wares.



El caso del Bazar Otero no fue aislado. A lo largo de la Isla, los primeros meses de la invasión testimoniaron un relevo febril de los signos más visibles del antiguo régimen. Fondas criollas comenzaron a llamarse *Café Washington* y hospedajes populares *Mount Vernon* en lugar de *La Borinqueña*. Hospederías importantes como el Hotel Inglaterra cambiaron sus menús para incluir platillos norteamericanos y llegaron a contratar chefs que supieran cocinar al gusto del nuevo poder imperial. El desmonte de los símbolos y la aparición de los nuevos ocurrieron en todos los ámbitos de la vida pública y de la vida cotidiana. Obviamente se trataba de transacciones irremediables en la medida en que el mundo cotidiano había sido empujado hasta sus límites en la última década de la dominación española.

En los meses posteriores a la invasión, la principal actividad de las tropas de ocupación no fue la resistencia de ningún ejército o grupo armado sino el desorden en los campos y el ajuste de cuentas con los derrotados símbolos de autoridad, “la guerra después de la guerra” de la que habla Fernando Picó (1987). En Guayama, las prostitutas, para horror de las familias bien, salen a pasear por donde se les antoje y a cualquier hora del día y se codean las noches que hay retreta en la plaza con las señoritas distinguidas del pueblo, el policía del pueblo que es español mira para otro lado pero, eso sí, persigue a los trabajadores que quieren agremiarse. En Arecibo, se logra celebrar un matrimonio en ceremonia protestante entre Don Ramón Olmo, artesano y Doña María Pérez mientras que en Mayagüez se le niega sepultura en el cementerio católico a un protestante que recién había anunciado su conversión.

En el terreno fluido, abonado por los resentimientos acumulados frente a un régimen español agotado y las esperanzas respecto al rutilante invasor se planteó muy pronto una secuencia de recomposiciones simbólicas de carácter muy heterogéneo en torno a los soportes básicos de la vida cotidiana. A comienzos de octubre de 1898 los norteamericanos ocuparon Caguas, pueblo de serranías (Acosta 1998). El recibimiento a los invasores que según el cronista “medían sobre dos metros de altura, con mejillas coloradas” fue caluroso y se celebraron distintas actividades para darles la bienvenida. En una de ellas, un recital de piano a cargo del conocido pianista Federico Ramos, contó “con el concurso de varias señoritas” del pueblo. Días después la concordia entre invasores e invadidos se vino abajo cuando un soldado norteamericano le plantó un beso a una



muchacha que paseaba por la plaza. El novio de la muchacha, hijo del herrero del pueblo, se armó de una cuchilla sevillana y decapitó de un tajo al soldado. A pesar de que las autoridades militares lo buscaron con afán fueron policías de la localidad los que dieron con su escondite. El pueblo se dividió entre aquellos que excusaban al joven y otros que sentían vergüenza por lo ocurrido.

Sin embargo, pensando que lo iban a ejecutar, el pueblo se unió para pedir clemencia ante las autoridades. Se dice que el padre del joven, aprovechando la ocasión de que el gobernador militar pasaría por Caguas, se lanzó al pavimento sobre una bandera norteamericana. Una acaudalada señora de San Juan que había perdido a su hijo que combatía del lado de los españoles en la guerra tomó para sí la causa por el parecido que le guardaba el convicto con su hijo fallecido. Finalmente se le redujo la pena a cinco años. En toda esta secuencia con olor a melodrama, sin embargo, se revela un entramado *sui generis* tejido tanto por las figuras públicas que tuvieron que definir sus lealtades como por la gente común y corriente.

Haciendo un mínimo atado con las escasas pertenencias que una vida prematuramente envejecida le había permitido acumular, el campesino de la montaña profunda se embarcaba en 1901 a las tierras ignotas de Hawaii en una de las primeras oleadas migratorias que distinguirían al siglo que alboreaba. Mientras tanto, otros viajeros abandonaban el país: soldados, funcionarios y comerciantes regresaban a España llevando consigo los frutos mixtos de la vida colonial. Por el mismo puerto, arribaban soldados, funcionarios, comerciantes, misioneros, periodistas y filántropos norteamericanos a sentar sus reales en una isla caribeña, minusvalorada y compadecida por los ojos imperiales. Pero para miles de puertorriqueños el destino en el entresiglos había sido la muerte cuando las furias del Huracán San Ciriaco habían atravesado el espinazo del país, revalidando el sino de los trópicos. Desde el púlpito de la Catedral, el Vicario de San Juan vio en el fenómeno atmosférico un castigo cósmico en pago al cambio de soberanía y a la entrada de nuevos cultos.

Otros personajes isleños negociaban su nueva situación. Para muchos de los conspiradores que habían recibido con júbilo la invasión norteamericana, el régimen militar que se había decretado sobre una tierra no beligerante había sido un insulto. A lo largo de los cafetales que habían albergado nuestro principal rubro



de exportación en los últimos años del XIX se repetían a partir de la invasión los lamentos de los propietarios sin mercados. Mientras tanto, las costas azucareras eran invadidas por las chimeneas de las nuevas centrales que iniciaban una in-clemente “cañaveralización” del país por poderosas corporaciones norteamericanas. Escolares en un vertiginosamente instituido sistema escolar incorporaban un nuevo panteón de héroes hablando de Lincoln y Washington; y cantaban canciones a una nueva bandera. Emprendedoras mujeres asistían a la primera universidad establecida en el país para preparar maestros y agricultores eficientes.

Una de las transmutaciones más dramáticas se dio en la zona de las creencias y afiliaciones religiosas (Silva Gotay 1999). Al decretarse la libertad de cultos por el nuevo régimen colonial, el mapa de Puerto Rico fue dividido entre diferentes denominaciones protestantes que se aprestaron a erigir sus iglesias. El panorama religioso de los pueblos se modificó: si la iglesia católica aún ocupaba su lugar central en la plaza pública, las recién llegadas iglesias metodistas, bautistas, presbiterianas, etc. se acomodaban en los costados e inundaban con sus aleyas y predicaciones el coto hasta ahora cerrado de la liturgia del catolicismo. La ocupación del campo puertorriqueño por parte de las nuevas iglesias alteró también los paisajes de la socialización campesina. En pocos años, la versión más popular y fundamentalista del protestantismo, el pentecostalismo, se asentó donde no se había edificado por siglos una iglesia para establecer escuelas bíblicas y congregaciones de fieles. Pero al unísono, se avivaron en esos mismos campos movimientos milenaristas de católicos tradicionales que veían en las biblias protestantes, el signo de los últimos días del mundo. ¿Cómo soslayar la anti-modernidad de grupos, muchas veces dirigidos por mujeres como la Madre Elenita, que resistieron la introducción del protestantismo creando enclaves en el interior escarpado para defender lo que llamaban la verdadera fe?

Desde otro signo más mundano, si se quiere, muchos pueblos puertorriqueños acotaron espacios para una novedad: el deporte, concebido a la norteamericana como contienda muscular y fiesta masiva y socialmente heterogénea. También se modificaron los paisajes fúnebres. Los cementerios tuvieron que adecuarse a las nuevas reglamentaciones de construcción e higienes. Y qué decir de los nuevos espacios para el consumo que modificaron los paisajes urbanos con la rutilancia de los escaparates, los letreros iluminados y los ascensores en la primera tienda por departamentos que fue también nuestro primer rascacielos.



Al advenir el nuevo año de 1901, una espiritista de Mayagüez brindaba por un brillante siglo XIX de avances mundiales y por un mejor siglo XX de armonía y triunfo tecnológico. Su compañero de esperanzas, José Elías Levis reseñaría las maravillas y sombras de la electricidad y el hormigueo humano de las ciudades puertorriqueñas. Desde otros paisajes, los del interior recóndito, donde se zanjaban viejas y nuevas rencillas, Ramón Juliá Marín escribía las páginas desesperadas de *La Gleba* (2006).

Los que tenían acceso al mundo exterior mediante lecturas y viajes, despidieron extasiados el fin de siglo con las imágenes *Belle Epoque* de la Exposición Mundial de París. Una Europa todavía orgullosa, exhibía maravillas industriales y espectáculos arriesgados mientras amamantaba monarquías decrepitas y costosas. Las fuerzas de cambio, sin embargo, crecían de forma irreversible. Para observadores latinoamericanos como el autor del popular *Ariel*, José Enrique Rodó, se trataba de la lucha de dos razas en muchos renglones incompatibles: la raza latina y la raza sajona. Tras su victoria relampagueante en la Guerra Hispanoamericana, Estados Unidos se erigía como potencia indiscutible en el continente y se aprestaba a crear un nuevo país latinoamericano, Panamá, para abrir un canal interoceánico. En las ferias que realizaba en su territorio, celebraba el triunfo de un “destino manifiesto”.

Al finalizar la primera década del siglo, en los cielos surcaban los primeros aviones y en los caminos transitaban los automóviles para ilusión de muchos y perplejidad de otros tantos. Como para recordarnos la existencia de misterios mayores, el paso del cometa Halley provocó en 1910 la curiosidad de multitudes. En Puerto Rico, se programaron festejos y se prepararon miles de telescopios aficionados para atisbar su surco por el espacio. Muchos campesinos, sin embargo, se santiguaron y prefirieron no acudir a sus labores. La cotidianidad siempre materializa sus miedos. Con ancestral sabiduría, reconocieron los portentos pero también los paisajes turbulentos de los años por venir.

Bibliografía

ACOSTA, IVONNE (1998): “Poderes y resistencias en la vida cotidiana de Caguas, 1897-1900”, en Álvarez Curbelo, Silvia; Gallart, Mary Frances y Raffucci,



Carmen I. (eds.). *Los arcos de la memoria: el 98 de los pueblos puertorriqueños*. San Juan de Puerto Rico: Postdata.

ÁLVAREZ CURBELO, SILVIA (2001): *Un país del porvenir: el afán de modernidad en el Puerto Rico del siglo XIX*, San Juan de Puerto Rico: Callejón.

ANDERSON, BENEDICT (1989): *Imagined Communities: Reflections on the origins and Spread of Nationalism*, Londres: Verso.

CERTEAU, MICHEL DE (1999): *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.

CORTÓN, ANTONIO (1926): “Adiós a mi patria”, en Cayetano Coll y Toste. *Boletín Histórico de Puerto Rico*, 14 vols. San Juan de Puerto Rico: Tipografía Cantero Fernández, XIII, 228-229.

CORTÓN, ANTONIO (1958): “Patriotismo y cosmopolitismo”, en Robles de Cardona, Mariana (ed.). *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad*. San Juan: Editorial de la Prensa.

DÍAZ QUIÑONES, ARCADIO (1982): *El almuerzo en la hierba*. Río Piedras, Huracán.

GONZÁLEZ, LIBIA M. (1998): “La ilusión del paraíso: fotografías y relatos de viajeros sobre Puerto Rico, 1898-1900”, en Álvarez Curbelo, Silvia; Gallart, Mary Frances y Raffucci, Carmen I. (eds.). *Los arcos de la memoria: el 98 de los pueblos puertorriqueños*. San Juan: Postdata, 273-304.

JULIÁ MARÍN, RAMÓN (2006): *La gleba*, San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

LEFEBVRE, HENRI (1972): *Crítica de la vida cotidiana*. México: Siglo XXI.

LLORENS TORRES, LUIS (1973): “La rebelión de Lares”, en *Obras completas II*. San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, II.

MARQUÉS, RENÉ (1970): *Purificación en la Calle del Cristo y Los soles truncos* Río Piedras: Cultural.

PICÓ, FERNANDO (1987): *La guerra después de la guerra*. Río Piedras, Huracán.

RAMOS, JULIO (1996): “La promesa”, en *Postdata*, número 12, mayo.

RODRÍGUEZ JULIÁ, EDGARDO (1981): *Las tribulaciones de Jonás*. Río Piedras: Huracán.

RODRÍGUEZ JULIÁ, EDGARDO (1994): “Pitiyanquis”, en *El Nuevo Día*, 9 de octubre.

SILVA GOTAY, SAMUEL (1999): *Protestantismo y política en Puerto Rico. Hacia una historia del protestantismo evangélico en Puerto Rico, 1898-1930*. San Juan de Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

VEGA, ANA LYDIA (1991): *Falsas crónicas del sur*. San Juan de Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.